

Pedro Selva

Goethe según Sainte-Beuve



Encono de algunos escritores, incluso un gran poeta, como Claudel, para hablar contra Sainte-Beuve a propósito de Balzac, inspira reflexiones melancólicas sobre el destino de los críticos, aun los más ilustres, y también sobre la ingrátitud y las pequeñas pasiones tenaces de los hombres.

Librémonos de ellas.

Por mi parte, nunca cesaré de agradecerle al hombre de las *Causeries* los largos paseos, ligeros, sagaces, entretenidos y, a veces, profundos, que nos hace dar a través de la vida literaria, particularmente la antigua, su especialidad, y cómo sabe mostrarnos delicadamente, sonriendo, comprendiendo, la intimidad de los altos espíritus, su tono personal, su alma.

¿Dónde encontraremos mejor la de Goethe que en el maravilloso «Lunes», 29 de Julio de 1850, dedicado a comentar las «Cartas de Goethe y de Bettina» traducidas del alemán por Sebastián Albin?

Así está el Júpiter Olímpico en toda su majestad, noble, digno, sereno, glorioso, radiante de amplitud, benévolo con todo el mundo. Y frío. Sí, indudablemente, frío, distante, polar.

Verdad que tenía, entonces, cincuenta y ocho años.
Era en 1807.

Una muchacha de diecinueve, Bettina Brentano, de sangre italiana, alocada, impulsiva, tan pequeñita que parecía tener doce o trece años no más, ágil, juguetona, inteligentísima y linda, se puso un día a pensar y se le ocurrió enamorarse de Goethe. No lo había leído. Lo conocía de nombre. Esas admiraciones, así, a distancia, por el resplandor, suelen ser las más fantásticas; permiten todas las ilusiones. Bettina vivía entre ellas; una costumbre, por lo demás, de la familia. En Francfort decían que cuando la locura termina en los otros, apenas está comenzando entre los Brentano. Ella no lo negaba. Decía: «Lo que llaman extravagancia, yo lo comprendo: forma parte de un saber interior que no puedo explicar». Tenía rasgos de iluminada.

Enamorada de Goethe, cuya madre vivía en Francfort, visitó a «la señora Consejera» para hablarle de su hijo y oírla hablar de él.

Se ha dicho que Goethe no amaba demasiado a su madre y que pasó muchos años sin verla, aunque habitaban a corta distancia. Sainte-Beuve pone las cosas en su punto, reconoce que el grande hombre sacrificó, en realidad, su vida privada, sus relaciones y sus afectos personales al cumplimiento de la misión intelectual

de que estaba investido, pero nota que su madre nunca se quejó del ilustre hijo y que no tenemos el derecho de ser más rigurosos que ella. Palabra equilibrada, precisa, justiciera. No palabra entusiasta: había algo en Goethe que rehuía y aun rechazaba esa expresión, el «entusiasmo». Pronto lo veremos en un contraste significativo.

Hablaron mucho la chica adolescente, vivaz, y la grave señora acompasada y solemne; el tema del hijo glorioso las unía. Cuando Bettina faltaba, la señora echaba de menos ese oído complaciente que sabía escuchar tan bien sus interminables memorias y los detalles con que resucitaba la infancia y juventud de Goethe.

Sobresalió desde muy niño y tuvo conciencia precoz de su destino. Viéndole pasar entre sus compañeros de colegio, alguien observa la especie de gravedad con que marchaba, muy erguido; y se lo dijo. No se admiró el mozo; al contrario, anunció que más tarde se distinguiría por muchas otras cosas. A los veinte años su belleza llamaba la atención. Patinando sobre el hielo, volaba entre mil patinadores, veloz como una flecha; su madre, que vestía magníficas pieles forradas de terciopelo con broches de oro, lo contemplaba embebecida. El mancebo se le acerca, mira el abrigo, sonríe, le dice que ella está bien abrigada en su carruaje y no necesita las pieles. —¿No querrás ponértelas, exclama ella. —¿Por qué no?—La señora se las entrega y Goethe vuelve a la pista, suelta al viento y «completamente

desempolvada» la cabellera castaña; ostentando el espléndido atavío, pasa bajo el arco de un puente, sale por otro y se lleva todas las miradas, como un joven dios. Pues bien, ese día, los ojos que él más quería atraer eran los de la madre de Bettina Brentano.

Nuevo motivo de fascinación para la hija.

Por fin se puso en marcha desde Francfort hacia Weimar.

Es un viaje divertidísimo. Bettina iba vestida de hombre, ayudaba a poner los caballos al coche, corría, trepaba a los árboles, escalaba las torres de las catedrales góticas y cometía toda suerte de locuras. Sentíase feliz.

Pero lo mejor es la llegada y la primera entrevista. Para gustarla como se debe, Sainte-Beuve advierte una y otra vez que no estamos en Francia, sino en Alemania, y que la sombra de Voltaire no debe presenciar la escena.

«Allí estaba él, solemne, serio, y me miraba fijamente—escribe ella—. Creo que tendí hacia él las manos; me sentía desfallecer. Goethe me recibió sobre su corazón. «Pobre niña, ¿te he causado miedo? «Fueron las primeras palabras que pronunció y me penetraron hasta el alma. Me condujo a su pieza, me sentó sobre un canapé, frente a él. Los dos callábamos. Por fin rompió el silencio: —«Ud. habrá leído en el diario el gran duelo que nos aflige: la muerte de la duquesa Amelia». —«¡Ay!»—le contesté—«nunca leo los diarios». —«¿De veras? Creí que todo lo que ocurría en

Weimar le interesaba». — «No: nada me interesa sino Ud. Y soy demasiado impaciente para hojear un periódico». — «Es Ud. una niña muy amable». Larga pausa. Yo siempre desterrada en ese fatal canapé, temerosa y temblando. Ud. sabe que no puedo estar tranquila en un asiento, como las personas bien educadas. Dios mío ¿es posible portarse como lo hice? Exclamé — «No puedo estar más en este canapé». Y me levanté precipitadamente. — «Pues bien, haga lo que guste», me dijo él. Yo me le arrojé al cuello; él me sentó en sus rodillas y me apretó contra su corazón».

Es una carta de Bettina a la madre de Goethe. «Héla ahí—comenta Sainte-Beuve—reclinada sobre su corazón; está bien por un instante; pero lo curioso es que permaneció en esa postura bastante tiempo como para dormirse, porque acababa de pasar varias noches de viaje y se moría de cansancio».

Cuarenta años, es verdad, los separaban; pero, con todo, ¿qué habría dicho Voltaire?

Sainte-Beuve recomienda:

«Abandonemos un poco las costumbres francesas para comprender a Goethe... Es, con Cuvier, el último de los grandes hombres muertos durante el siglo. Su característica era la extensión, la universalidad. Gran naturalista y poeta, estudia cada objeto y lo ve, a un tiempo, en la realidad y en la teoría, lo estudia como individuo y, luego, lo eleva y lo coloca dentro de su rango en el orden general de la naturaleza. Sin embargo, sabe respirar el aroma de belleza que cada

cosa oculta en sí. Goethe la extraía de todo, sentía curiosidad por todo... »

Esta palabra «todo», vuelve continuamente a la pluma del crítico cuando habla del sabio, del artista, del poeta, del hombre por esencia hospitalario.

Su vasta amplitud mental originaba su serena comprensión, su falta de veneno; cuando un hombre no le placía o lo consideraba inaprovechable, simplemente, le volvía la espalda y tomaba otro rumbo, nunca indiferente, pero nunca exclusivo, benévolo y solícito, pero desprendido, verdaderamente olímpico, expresión que «allende el Rhin no provoca sonrisas».

En la amistad que siguió con Bettina Brentano, mantenida sobre todo epistolarmente, Goethe aparece como un dios en su altar recibiendo imperturbable oleadas de incienso. Ella le repite sin cesar: «Eres bello, eres grande, eres el mejor de los seres que he conocido... Como el sol, atraviesas la noche...» Usando el lenguaje de la época, acude a la mitología y le dice que está celosa de las Gracias, porque ellas le acompañan y preceden: «¡Contigo va la santa Armonía!» Recuerda la breve y pasajera tormenta juvenil de «Werther»: «Torrente soberano, ¡oh! cómo atravesabas entonces con estruendo las regiones de la juventud y ahora vas, río tranquilo, a través de las praderas!» Se burla de Madame Staël, picada porque esperó hallar en Goethe a un nuevo Werther y lo encontró distinto; no quiere quitarle a su ídolo ninguna perfección: «Madame Staël—dice Bettina—se equivocó dos ve-

ces, la primera en su esperanza, la segunda en su decepción». Envuelto en esa nube, Goethe proseguía sus nuevos trabajos y revisaba los antiguos, puliéndolos, consultándose con una academia de sabios, un naturalista para sus teorías sobre la luz, un gramático para corregir la prosa, un historiador, un astrónomo, un esteta que debían aportarle observaciones y críticas, sujetas por él a una instancia suprema, cual si se tratara de la legislación de un nuevo estado o del credo de alguna religión. Era un sol rodeado de su sistema planetario que giraba ordenadamente en torno suyo.

La pasión italiana de la joven no se vió, sin embargo, desconcertada por ese compás. Seguía vaciando en él su vehemencia. Había dos cosas que la soberana comprensión de Goethe excluía: el cristianismo y el heroísmo. Su ojo de naturalista veía, acaso, en ambos fenómenos algo como extrañas monstruosidades, rupturas de la norma y elementos perturbadores. Bettina vibraba con todo. Cuando la insurrección patriótica de los tirolese y el patético sacrificio de Hofer, su caudillo, de quien, por cierto, se había enamorado, las cartas de ella alcanzan acentos de alta elocuencia moral. Goethe componía su fría novela «Las Afinidades Electivas» para olvidar las calamidades de su tiempo, tal como había escrito el «Werther» a fin de sepultar sus tentaciones de suicidio. El ardiente grito de Bettina le provoca esta reflexión: «Al colocar tu carta con las otras en su sitio, encuentro que cierra una época interesante (1807-1810). Me has conducido, a través

de un encantador laberinto de opiniones filosóficas, históricas y musicales, al templo de Marte, y en todo y siempre conservando tu sana energía...», «He ahí—comenta Sainte-Beuve, al naturalista contemplativo que juzga y analiza las impresiones ajenas, pero no las comparte. Desde el punto de vista que ha adoptado, no ve en esos episodios, donde masas de hombres perecieron, sino transformaciones caprichosas de la vida».

Después de Hofer, Bettina cometió otra infidelidad con Goethe: ésta tuvo por objeto a Beethoven.

En cuanto lo vió en Viena, el año 1810, sintió por él lo mismo que había experimentado ante Goethe: olvidó el universo. El gran compositor, sordo, misántropo, amargo con todo el mundo, estuvo con ella, desde la primera entrevista, abierto, confiado, abundante en buenas y magníficas palabras: sentóse inmediatamente al piano y tocó y cantó para ella sus cantos más divinos. Encantado por su manera de escuchar y su aprobación ingenua y franca, la acompañó hasta su casa y por el camino iba diciéndole mil cosas sobre la música y el arte. «Hablaban en voz tan alta—refiere ella—y se detenía tan a menudo que se necesitaba cierto valor para oírle; pero lo que decía era tan inesperado, tan apasionante que yo me olvidaba de que íbamos por la calle. En mi casa se sorprendieron mucho al verle llegar conmigo. Después de comida se puso al piano «*motu proprio*» y ejecutó larga y maravillosamente; su genio y su orgullo fermentaban juntos».

Beethoven conocía la amistad de Bettina con Goe-

the y le enviaba saludos y le hacía consultas por su intermedio. Entre esos dos gigantes, dioses o semidioses, sereno el uno, olímpico, nevado, con la cumbre perdida en los cielos, y el otro, vasto, tempestuoso, desmelenado, azotándose contra las rocas, la figura de la singular muchacha parece un geniecillo juguetero que va y viene del uno al otro, batiendo alas intrépidas, sin timidez ni fatiga, capaz de los más altos y más largos vuelos, siempre encantadora, vivaz y vibrante.

Se casó el año 1811. Llegó a ser una buena señora alemana, respetadísima; pero, consciente del papel histórico que había desempeñado entre Apolo y Dionysos, conservó su correspondencia y permitió que se publicara, dejando para la posteridad uno de los testimonios más singulares, íntimos, reveladores y preciosos que hay sobre el corazón—o lo que sea—de Goethe.

San Francisco de las Condes, Julio de 1949.